MIGUEL HERNÁNDEZ Y CUBA

José Carlos Rovira[*]

Voy a hablar de un poeta de mi tierra que, por su obra, es una de las figuras más universales que surgieron en nuestro territorio. En el siglo XX nacieron allí Azorín, Arniches, Gabriel Miró, Juan Gil Albert y también Miguel Hernández. Creo que Miguel Hernández ocupa un lugar muy relevante en la literatura española del siglo XX. Es un poeta que todos sabemos que, junto a un símbolo de la poesía, es también un símbolo de la lucha por la libertad. Me dediqué a su obra durante mucho tiempo. Hoy voy a cubanizarlo en una referencia que adquiere un valor no de circunstancias, sino de restitución del poeta de Orihuela a una tradición que también ha sido suya:

Abriremos el día de púrpura y banderas
que la revuelta sangre de los pueblos saluda:
nuestra aurora encendida de júbilo, que esperas
desde la barricada de tu tierra desnuda.

Y entonces sin reposo tu sangre labradora,
hermano, camarada de soles y de sales,
subirá hasta la luz y el aire de la aurora
cantando entre las venas vegetales...

A los pocos meses de la muerte del poeta, aquí, en La Habana, sonaron estos versos hace cincuenta y siete años. Eran de un escritor que se llamaba y

[*] Profesor de Literatura Hispanoamericana en la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad deAlicante. Miembro correspondiente de la SEAP.

se llama Ángel Augier: a él voy a dedicarle esta memoria de Miguel Hernández y Cuba, a él que significa tanto verbo consciente de nuestra literatura y nuestra historia contemporánea. Pero voy a hacerlo cronológicamente, intentando rememorar episodios literarios que construyen un espacio español de lo cubano en la literatura.

Frente de Madrid, Guadarrama, septiembre–diciembre de 1936

"Me quedaré en España compañero/ me dijiste con gesto enamorado". Voy a evocar el primer episodio cubano de un joven que tenía veintiséis años, Miguel Hernández, y que combatía en el frente de Madrid, en la sierra del Guadarrama, en la compañía de *El Campesino* en la primera guerra contra el fascismo. Guerra contra el fascismo con una fuerte impronta internacional, pues junto al pueblo español se situaron aquellos voluntarios de España "milicianos de huesos fidedignos" que cantó César Vallejo. Entre las voces italianas de la Brigada Garibaldi, entre las voces alemanas de la Columna Thaelman, entre las voces inglesas–norteamericanas de la brigada Lincoln, en el Guadarrma acentos latinoamericanos de combatientes que habían cruzado el Atlántico se unían a los acentos españoles. Entre ellos, casi mil cubanos. Pablo de la Torriente había abandonado su exilio en Nueva York para venir a combatir en la causa que consideraba que tenía más sentido en esos momentos. Por testimonio de Raúl Roa, quien compartía el exilio neoyorquino, sabemos que nada ni nadie pudo hacer desistir de su propósito al escritor y combatiente cubano. A fines de septiembre de 1936 había llegado a España. Una incesante actividad periodística como corresponsal nutre el libro *Peleando con los milicianos*, que es un conjunto de crónicas que se interrumpen en noviembre de 1936. El 19 de diciembre de 1936 cae Pablo de la Torriente en el frente de Majadahonda. *Milicia popular*, el órgano periodístico del 5° Regimiento de Milicias Populares da cuenta de la muerte en su número del 23 de diciembre. En enero, en el mismo periódico, Antonio Aparicio publica su *Elegía*, que resulta un poema excesivamente débil y retórico.

Miguel Hernández había conocido a Pablo de la Torriente en circunstancias que narró en 1937 a Nicolás Guillén, en Valencia, durante el Congreso de la Alianza de Intelectuales Antifascistas:

> Conocí a Pablo en Madrid, una noche en la Alianza esperando yo a María Teresa León, que no venía. Recuerdo que fue en septiembre del año pasado. Esa noche, recién amigos, bromeamos como antiguos camaradas. El sentido humorístico de Pablo era realmente irresistible. Quien estaba a su lado tenía que reír siempre, siempre, porque él sabía encontrar como

> pocos el costado grotesco de las cosas más solemnes (...) Yo lo quise mucho. Después de aquella noche que les digo, nos separamos durante varios meses. Nos volvimos a encontrar en Alcalá de Henares, a pesar de que habíamos estado juntos, sin saberlo, en los combates de Pozuelo y de Boadilla del Monte. "¿Qué haces?", me preguntó alegremente al abrazarnos. "Tirar tiros", le contesté yo, riéndome también. Pablo era entonces comisario político del Batallón de *El Campesino* (...) juntos pasamos al frente de Majadahonda. De allí le vi a partir un día con las fuerzas del comandante Candón, otro cubano, y ya no le encontré más. O mejor dicho, sí volví verle, pero él estaba muerto. Un cadáver de dos días, con la barba crecida, caído sobre una loma, el pecho atravesado por una ráfaga de plomo (...) Pablo era de los muertos más serenos que he visto: parecía que no le hubiera pasado nada.

El 6 de febrero de 1937, en la revista *Ayuda* de la ya División mandada por *El Campesino*, publica Hernández su poema:

> *"Me quedaré en España, compañero",*
> *me dijiste con gesto enamorado.*
> *Y al fin sin tu edificio tonante de guerrero*
> *en la hierba de España te has quedado,*

un largo texto de evocación de su figura que concluye esperanzadamente:

> *Ante Pablo los días se abstienen ya y no andan.*
> *No temáis que se extinga su sangre sin objeto,*
> *porque éste es de los muertos que crecen y se agrandan*
> *aunque el tiempo devaste su gigante esqueleto.*

Si este poema es la evocación más intensa del camarada muerto, la más extensa se realizará a través de la figura del cubano, uno de los personajes principales de *Pastor de la muerte*, la obra teatral concluida en noviembre de 1937 tras su regreso de un viaje a la Unión Soviética. La obra, discutible y discutida como todo el teatro de Hernández, tiene el valor principal de la realidad y de bastantes momentos poéticos de este teatro en verso de la guerra. La llamé una vez "teatralidad y poesía del 5° Regimiento". La trama dramática tiene dos escenarios principales, la aldea del protagonista, Pedro, que será

llamado por el cubano *El pastor de la muerte*, y la sierra del Guadarrama, la Peña del Alemán, donde combaten los soldados de la libertad entre los que, aparte de Pedro, están el cubano y José, que protagonizan los episodios.

El acto segundo adquiere el valor de ser reflejo de escritos del cubano, quien en la obra es el personaje ideológica y culturalmente más sólido: adoctrina a los soldados, fusileros y dinamiteros, destacando la forma apasionada con la que es secundado por *El Pastor de la muerte*. En este segundo acto hay una conversación nocturna entre los dos bandos, en la que, ante el lenguaje insultante y desgarrado de José, el cubano opone un debate marcadamente ideológico con los oponentes. Este episodio lo ha reconstruido Hernández a través de una crónica de Pablo de la Torriente titulada "En el Parapeto. Polémica con el enemigo", firmado el 29 de octubre de 1936. Creo que la lectura de *El Pastor de la muerte* tiene contraseñas imprescindibles en la recopilación de las crónicas de Pablo de la Torriente, que el editor tituló *Peleando con los milicianos*. La figura del cubano es en la obra de Hernández un trasunto, del que se requiere expresar la ideología, la firmeza y el liderazgo de Pablo de la Torriente, quien adquiere este papel a lo largo de toda la obra. Recordemos el final del parlamento del cubano al comienzo del acto segundo:

Soldado del pueblo,
su nata y su flor,
un polvo de muertos
ataca feroz.
Si pasa, vencidos
seremos tú y yo:
si el polvo haces polvo,
serás vencedor,
seremos palmeras
tendidas al sol.

La disyuntiva que plantea el cubano en este episodio se resolvió mal para el pueblo. El polvo de muertos pasó a nuestra historia como una derrota rotunda de la misma historia. Entre los imposibles de lo acaecido, quiero contarles que estoy seguro de que si Pablo de la Torriente no hubiera muerto en diciembre de 1936 en el Guadarrama, si Miguel Hernández no hubiera muerto en la cárcel de Alicante en 1942, este episodio que les cuento quizá hubiera tenido continuación y se hubiera llamado "Miguel Hernández y Pablo de la Torriente: del Guadarrama a la Sierra Maestra".

París, agosto de 1937

Camino de Moscú para asistir al V Festival de Teatro Soviético, los últimos días de agosto está en París. Alejo Carpentier le graba una placa con la "Canción del esposo soldado", el único testimonio sonoro de la voz del poeta. Se habían conocido en julio de ese año en el Congreso de la Alianza de Intelectuales en Defensa de la Cultura. Carpentier evocó ese momento en una crónica: cita en ella a un gran número de intelectuales europeos y latinoamericanos presentes en Valencia. Y tras la larga nómina afirma:

Pero, antes de abandonar esta enumeración que por sí sola explica el "momento de emoción" que acompañó esta entrada en Valencia, quiero recordar que ahí se encontraban también dos de los más jóvenes poetas españoles de la época presente, cuyos nombres pueden citarse como símbolos de una voluntad creadora en acción: Miguel Hernández y Antonio Aparicio.

En esos días de Valencia, otro cubano entrevista a Hernández, Nicolás Guillén, quien en *Mediodía* de La Habana publica el 25 de octubre de 1937 su entrevista "Un poeta en espardeñas", donde, junto a la evocación de Pablo de la Torriente que he recordado antes, Guillén recoge las pretensiones estéticas revolucionarias del poeta oriolano. La guerra sigue y Hernández sigue en ella. La derrota se culmina en abril de 1939. El hombre acecha, sigue acechando y la derrota es para el poeta Miguel Hernández" un recorrido de dolor y cárceles. El 28 de marzo de 1942, sin haber cumplido los 32 años, muere en la prisión de Alicante quien será un símbolo ya del dolor y, sobre todo, de la poesía. Un dato curioso; Manuel Altolaguirre anticipa en Cuba una muerte que no se ha producido: a fines de 1939, en el primer número de *Espuela de plata*, Altolaguirre publica una "Noticia sobre Miguel Hernández" un recorrido de dolor y cárceles. El 28 de marzo de 1942, sin haber cumplido los 32 años, muere en la prisión de Alicante quien será un símbolo ya del dolor y, sobre todo, de la poesía. Un dato curioso; Manuel Altolaguirre anticipa en Cuba una muerte que no se ha producido: a fines de 1939, en el primer número de *Espuela de plata,* Altolaguirre pública una "Noticia sobre Miguel Hernández" en la que se da por muerto al poeta, quien todavía será condenado a muerte, permutada esta condena por treinta años de cárcel, hasta marzo de 1942. Diez meses después hay un episodio cubano que, creo, significa la primera conmemoración de un símbolo de poesía y la libertad.

La Habana, enero de 1943

En un tiempo contradictorio de la República, con Fulgencio Batista violando repetidamente la Constitución de 1940, el Frente Nacional Antifascista y el Comité de Homenaje a Miguel Hernández celebraron aquel

primer "Homenaje a Miguel Hernández" en el Palacio Municipal de La Habana. Es un homenaje con un fuerte clima emocional y, posiblemente, la lectura actual de la mayor parte de sus textos suene conmemorativamente con sus errores. Pero también con aquella pasión necesaria que desplegaron los participantes: Nicolás Guillén en su "Milicia y Permanencia de Miguel Hernández" que concluye así:

> La condena y la muerte de un poeta que defendió al pueblo, denuncian la triste situación de un pueblo impedido de defender a los poetas, lo cual sólo acontece allí donde la cultura se halla en quiebra, donde gime aplastada por la brutalidad. Para los llamados hombres de ideas, este hecho debe ser profundamente significativo. Pero sobre todo, para los que están encerrados en sí mismos, sin otra puerta que la de su ambición; para los que creen que el meridiano de la historia pasa por el oscuro taller en que gastan pueriles años burilando un dije, mientras afuera el mundo se reconstruye a cañonazos. A esos, quizá pueda interesarles saber que la salvación de su propia obra está en la calle, en los frentes, en la activa retaguardia, en el destino glorioso y sangriento de un Miguel Hernández, en la férrea creación de un porvenir que dé al pan y a la rosa, a la vida y al sueño, una definitiva dignidad.

Intervinieron también Enrique Serpa, Félix Montiel. El español Juan Chabás, exiliado en Cuba, mandó un texto para ser leído en el acto de homenaje. Juan Marinello leyó su texto "Miguel Hernández, labrador de más aire", una bella evocación de lo clásico y lo popular en la obra del poeta de Orihuela, afirmativa y rotunda, recordando su sorpresa cuando conoció al poeta en la guerra de España:

> Un hombre de estos perfiles soberanos había de dar, habiendo poeta por el medio, una obra clara y espontánea como su transcendente alegría; pero, al mismo tiempo, rebosante de la vieja maestría de su gente. Un idioma eficaz –en pueblo viejo que requiere justicia nueva– sólo pudo ser el que se ha ido criando con el abono de sus dolores y en el tejido de sus tragedias.

Para la ocasión, Ángel Augier había preparado su "Elegía en tu misma sangre. A la memoria de Miguel Hernández. A su manera", un bello poema,

del que antes recordé un fragmento, en el que las maneras de Miguel Hernández fluyen en la evocación realizada por el escritor cubano. José Antonio Portuondo publicó en aquel homenaje sus "Dos poetas del campo", una inteligentísima comparación y contraposición entre el decir popular de José María Gabriel y Galán y el de Miguel Hernández, demostrando la autenticidad histórica del segundo y su verdadero sentido de la poesía popular:

> La huella de Gracilaso se perfila más de una vez, en los tercetos de una elegía, en las silvas de una égloga, en la elegancia cincelada de un soneto. Pero el recuerdo del poeta soldado y cortesano perdura sólo en la sabia estructura de unos versos, porque en lo hondo de todos está el pueblo y está la tierra con él, hechos una sola carne de angustias y de afanes.

Un homenaje con cincuenta y siete años de antigüedad hacia un poeta que había muerto diez meses antes. En 1964, en Cuba apareció su *Poesía completa* que reproducía la edición casi inencontrable de Losada de 1960. Tengo anotados algunos otros recuerdos cubanos al poeta, como aquella velada de conmemoración a la memoria de Pablo de la Torriente, el 30 de diciembre de 1976, donde las intervenciones de Nicolás Guillén, Juan Marinello, Eliseo Diego, Denia García y Marcelino Arozamena, hacían inevitable el recuerdo del poeta oriolano.

Orihuela, abril de 1994

Recorro con Roberto Fernández Retamar, Orihuela en abril de 1994. Llevamos tres días de encuentros sobre su obra en Alicante, Valencia y Murcia. Viajamos al atardecer a la tierra de Hernández, en compañía de Carmen Alemany y de dos cámaras del Taller de Imagen de la Universidad. Entramos por Santo Domingo, el colegio en cuyas aulas se formó durante poco tiempo, allá por 1920, el niño Miguel Hernández. El Claustro de Santo Domingo casi resuena con el silencio del poeta cubano. Salimos y emprendimos el recorrido hacia la calle de Arriba. El bastón de Roberto parece que nos vaya guiando a todos. La casa del poeta. El huerto. Unas fotos en el árbol buscado. Retamar o yo (no recuerdo) o Carmen, o los tres, casi rezamos en voz baja:

Volverás a mi huerto y a mi higuera:
por los altos andamios de las flores
pajareará tu alma colmenera
de angelicales ceras y labores.
Volverás al arrullo de las rejas
de los enamorados labradores.
Alegrarás la sombra de mis cejas,
y tu sangre se irá a cada lado
disputando tu novia y las abejas.
Tu corazón, ya terciopelo ajado,
llama a un campo de almendras espumosas
mi avariciosa voz de enamorado.
A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

Retamar, sobre todo recoge silenciosamente imágenes que luego construirán un poema que meses después recibiré dedicado a los que le acompañábamos esa tarde. Está en su libro *Aquí* y dice:

Su pueblo y el mío

Con Carmen Alemany y José Carlos Rovira

En este pueblo en esta aldea nació
Porque el Espíritu sopla dónde quiere
En este severo edificio de grandes claustros
Le enseñaron algunas cosas durante pocos años
Ahora lo colman lindos niños rosados que acaso
mañana serán rojos.
En esta casa o dedal vivió
Cuando ella no tenía esos objetos envarados
Porque no era una museo sino el desordenado
corazón que es un hogar.
En él escribió versos rotundos
Primero para otras divinidades y luego para
Josefina
Esta higuera ya estaba ahí retorcida cuando
él se paseaba
Por el pequeño patio de tierra desde donde
arranca abrupta

La montaña por cuya ladera sólo él y sus
cabras podían subir
No me gusta llorar delante de la gente
Y hago bromas tontas o me muerdo los labios
Mientras con mis nuevos compañeros de siempre
Camino renqueando musitando sus versos
Por las calles de Orihuélica del Señor.
(Alicante–La Habana, abril–mayo de 1994).

Yo, habitual guía del huerto durante algunos años, con mi torpeza para escribir, solamente pude enhebrar una nota de aquel encuentro, que decía textualmente así: "21 de abril de 1994. En el recorrido por el huerto ante la higuera he notado que la convocatoria de Hernández ("Volverás a mi huerto y a mi higuera") había atraído otros compañeros del alma. Eran cubanos. Estaban allí Pablo de la Torriente, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, Juan Marinello, Enrique Serpa, y José Antonio Portuondo. Me pareció que estaba también José Martí."